

# G. SANTAYANA Y W. JAMES REVISITADOS POR A. RIONDA DESDE MIAMI, ESTADOS UNIDOS

G. SANTAYANA AND W. JAMES REVISITED BY A. RIONDA  
(MIAMI, USA)

Daniel Moreno Moreno  
10.26754/ojs\_arif/arif.2025111602

Rionda, A. *George Santayana's and William James's Conflicting Views on Transcendence*. Palgrave/Mcmillan, 2024, 227 pp. ISBN: 978-3-031-66600-1.

El contraste entre Jorge/George Santayana (Madrid, 1863-Roma, 1952) y William James (New York, 1842-New Hampshire, 1910) establecido por Antonio Rionda desde Miami, Estados Unidos, es muy valiente. No solo porque procura darle a cada contendiente lo suyo, sin caer en la habitual desfiguración de tantos intérpretes, sino porque, al final, me parece, se decanta por Santayana, algo poco habitual y muy bienvenido desde el santayanismo internacional. En efecto, el enorme prestigio de William James, no solo en Estados Unidos sino en todo el mundo filosófico, el español incluido, ha cargado sus ideas de gran atractivo y estas han sido merecedoras de frecuente, y reverencial, respeto. También cuando esas ideas malinterpretaban las posiciones filosóficas de Santayana. De modo que hay que felicitar desde España, país natal de don Jorge, el planteamiento de Rionda, por más que merezca también algún que otro matiz discernidor, como se irá poniendo de manifiesto.

Por supuesto que Rionda aborda el famoso epíteto —«moribunda latinidad»— con el que James calificó el libro de Santayana *Interpretaciones de poesía y religión* (1900), donde seguramente James se vio reflejado en las críticas que Santayana dirigió a dos grandes poetas norteamericanos, W. Whitman y R. Browning, calificados como «bárbaros»; también alude Rionda a la única cita de James a Santayana en toda su obra, en «Pragmatismo y sentido común», algo malinterpretada por James, según Rionda, por cierto (pp. 188-191). También analiza nuestro autor detenidamente el afilado, y caleidoscópico, retrato de James que Santayana incluyó en su *El carácter y la opinión en Estados Unidos* (1920), así como

la muy sintomática y distinta reacción de ambos filósofos a la Guerra Hispano-norteamericana de 1898, tal como la recoge Santayana en sus memorias, *Personas y lugares* (1944-1953). Desde el punto de vista filosófico, el caballo de batalla gira en torno al psicologismo, defendido por James, en el sentido de que lo más evidente es la experiencia, y su transcurrir, o corriente de consciencia, que es más segura incluso que la propia consciencia. Santayana, sin embargo, aceptando las descripciones jamesianas, se pregunta, siendo coherente con su naturalismo materialista, qué hay alrededor de la consciencia, posibilitándola, y ahí encuentra a la naturaleza, origen del animal que somos los humanos.

Pero Rionda pretende ir más lejos. Para ello se apoya en lo que puede ser el hilo vertebrador de su libro: bucear en todo lo que está a la base de los pronunciamientos filosóficos, lo que dota a estos de sentido y que suele quedar oculto en las tesis explícitamente expuestas —lo tácito, en definitiva—. Algo que Rionda repetidamente asocia a cómo se aprende, según el Noam Chomsky que a él le enseñaron en la universidad, el lenguaje en la infancia, donde no solo ni principalmente se asimila la gramática sino el sentido de la competencia del lenguaje.

Así encuentra Rionda todo un filón porque, efectivamente, «aunque Santayana se refiere explícitamente a los escritos jamesianos, también sigue aludiendo a sus ideas a lo largo de todos sus escritos» (p. 97). De ahí que pueda entender el libro de Santayana *Tres filósofos poetas* (1910) como respuesta al libro de James, *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902) aunque, a mi juicio, olvida los claros ecos de las teorías jamesianas en el tercer volumen de *La vida de la razón*, el dedicado a *La razón en la religión* (1905), donde aparecen referencias implícitas muy críticas con James. También olvida, y esto ya es más extraño, referirse al famoso libro de James *Pragmatismo* (1907), lo que le hubiera dado ocasión a abordar con detalle los varios tipos de pragmatismo y si Santayana encaja con alguno de ellos —lugar ya tópico en los estudios sobre Santayana—, a pesar de su constante crítica a la concepción pragmatista de verdad, crítica en la que Santayana siempre tuvo como compañero a Bertrand Russell. La posición de Rionda en este asunto es tratada sucintamente en las páginas 171-173.

En el fondo se trata también de qué idea de América nos queremos hacer, de Estados Unidos quiero decir: si la América del progreso, la modernidad, el teísmo, la acción, la voluntad y el industrialismo, que sería representada por William James, o la también posible América —acaso más europea pero también América, ¿por qué no?— de George Santayana, representada por el gusto por lo clásico, lo ocioso, el materialismo, lo espiritual, la reflexión o el desasimiento. También, en cierto sentido, la América que vive al día y no se preocupa por el pasado, tampoco

el filosófico, y la América consciente de la importancia de partir desde la historia, en el caso de Santayana, de los filósofos griegos, para vivir mejor en el presente al comprenderlo en su dimensión histórica. Al propio Rionda parece molestarle que en América lo pasado no importe y que lo ocurrido hace solo unas décadas ya sea historia y quede olvidado (p. 34), de ahí su afinidad general con los planteamientos de Santayana, en un contexto poco apropiado para ello.

Ya desde el Prefacio, el autor anuncia que, lejos también de los habituales estudios filosóficos que no se salen del círculo más cercano, abordará el contraste James/Santayana con referencias a la filosofía europea, en concreto al existencialismo y a la fenomenología. Un punto de vista que no puede ser más acertado, y que cada vez se hace más presente en el santayanismo. El libro consta de siete capítulos en los que compara a James y a Santayana sobre: sus respectivas filosofías vitales, la trascendencia y la imaginación histórica, la fenomenología y el existencialismo, la filosofía de la trascendencia, la conversión filosófica de Santayana, la filosofía como forma de vida, y la gramática santayaniana del espíritu. El enfoque, por otro lado, no es excesivamente ambicioso dado que se centra en mencionar las confrontaciones entre los dos pensadores y sobre un tema: la trascendencia, dejando a un lado el rico paisaje tanto de James como de Santayana. Respecto a la trascendencia, me parece que no consigue distinguir con precisión en cada caso entre el papel de la trascendencia en la teoría del conocimiento y el papel de la trascendencia en la religión. Y en cuanto a la autotrascendencia, noción que él detecta pero no encuentra bien desarrollada en ningún texto, me permito dirigir su atención hacia la parte final del libro de Santayana *La idea de Cristo en los evangelios* (1946).

Por mi parte, me gustaría destacar la gran importancia que tres libros tienen en el enfoque de Rionda. Dos de ellos son de James: *Los principios de la psicología* (1890) y *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902). El primero de ellos permite aludir a la relación profesor-alumno que mantuvieron, respectivamente, James y Santayana, antes de ser compañeros en el ya épico Departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard. En las clases de James, Santayana asistió a la lectura pormenorizada de *Los principios de la psicología* jamesianos, y de ahí arranca Rionda, muy oportunamente, el enlace con el existencialismo positivista de James y con el intuicionismo fenomenológico de Santayana. Se da la circunstancia de que son escasos los estudios dedicados a la relación de Santayana con la fenomenología, así que es muy bienvenida la aportación de Rionda, cuando aborda las esencias santayanianas desde la fenomenología (p. 127). Aunque, dicho sea de paso, no entiendo por qué ahora queda casi oculta la contraposición entre el catolicismo

de Santayana y el protestantismo de James, aspecto este que sí ocupaba un lugar relevante en su disertación doctoral. De haber tenido ese aspecto más en cuenta, podría haber seguido el curso del pensamiento desde el protestantismo y el romanticismo de James hasta su existencialismo, por un lado, y desde el catolicismo ateo de Santayana hasta la fenomenología, a través del platonismo, por otro.

El tercer libro es de Santayana. Son sus memorias, en tres volúmenes, *Personas y lugares*. Y ocupa gran parte de la atención de Rionda porque, coherente con su planteamiento de buscar el trasfondo vital de las filosofías, es ahí donde él encuentra un gran filón para una de sus tesis principales: la importancia del trasfondo español para la filosofía de Santayana, tanto la expuesta en su juventud en los cinco volúmenes de *La vida de la razón* (1905-1906) como en la de madurez, los cuatro volúmenes de *Reinos del ser* (1927-1942) —sin artículo el título del libro, a pesar de que Rionda insiste en llamarlo *The Realms of Being*—. De ahí también la frecuente aparición de otros dos textos importantes para la autobiografía intelectual de Santayana: «Una confesión general» (1940), y el póstumo «El ocioso y sus obras» (1957), títulos donde puede apreciarse la característica ironía de Santayana; en efecto, el primer título es claramente religioso: ahí abre Santayana su corazón a los lectores; mientras que el segundo es una autodescripción: el ocioso es el propio Santayana, ociosidad que contrasta con el *activismo* de James, y sus obras son abundantes, incluyendo, además de un sistema filosófico omniabarcante, poesía, novela, autobiografía y crítica cultural.

Y, efectivamente, no estaría mal convertir a Santayana en uno de los filósofos del hispanismo en Estados Unidos (p. 186), que hiciera de puente bilingüe filosófico efectivo entre Estados Unidos y España, también la América hispana. Y que pudiera evitar uno de sus hándicaps: «por lo que yo sé, las obras más importantes [de la bibliografía secundaria sobre Santayana] no han sido traducidas al inglés, y han de ser leídas en su español original» (p. 147). Pero nuestro autor va, afortunadamente, aún más lejos, y nos descubre a otro de esos filósofos del hispanismo norteamericano: el médico humanista portorriqueño Rafael Arrillaga Torrén (1913-2006), quien, como apunta Rionda (pp. 146-152), era conecedor de Santayana. Hay ahí, sin duda, un campo a explorar por parte de algún estudioso curioso. Y me gustaría añadir a esa lista de pensadores hispánicos la del dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), el descubridor de Santayana para la América hispana —y en parte, también, para la propia España—.

Rionda cuenta como *background* para su libro con su disertación para el grado de Doctor en Filosofía, titulada *Religion and Disilusion in William James, George Santayana, and Henry James* (2012), y con su carácter *hispano*. De hecho, ya desde el

Prefacio (pp. vii-viii), al hilo de un comentario de Santayana sobre Miguel Ángel, Rionda destaca el contraste entre el idioma español en tanto que lengua latina y el idioma inglés: el primero limpio y elegante, el segundo ya vulgar, ya sublime. Circunstancia que enlaza con el carácter hispano-norteamericano —hay cursiva en el guión, aunque sea inapreciable— de Santayana, por un lado, y de norteamericano —en su cuatro apellidos, digamos— de James, algo que, muy oportunamente, Rionda vincula a la preferencia santayaniana por los viajes y las distintas formas de ver el mundo, sin enjuiciarlas, frente a la tendencia más monolítica de James, a pesar de su proclamado pluralismo.

En definitiva, Rionda procura destacar «el sutil, aunque siempre presente, subtexto español de su [de Santayana] filosofía» (p. xvi), por lo que, en cada capítulo de su libro ese es uno de los ingredientes. En efecto, *España o español* está presente en 93 páginas, esto es, en la mitad del libro. Y no me gustaría acabar estas notas sin dejar constancia aquí de una cuestión harto sintomática.

Me refiero a que Antonio Rionda profundiza en el papel que la figura y las experiencias de santa Teresa ocupan en el libro de James *Las variedades de la experiencia religiosa*, en tanto que mística (pp. 88-92, 106-107). A Rionda le molesta el tono, a veces elogioso, a veces conmisericordioso, a veces despreciativo, con el James se refiere a santa Teresa, porque entiende que, en el fondo, late un presupuesto dado como obvio pero que, para nuestro autor, está muy lejos de serlo: la superioridad del protestantismo sobre el catolicismo.

Daniel Moreno Moreno  
Traductor y profesor de filosofía retirado  
dmorenom@acett.org